

char tropas á las órdenes del príncipe Eugenio, que tuvo por adversarios á Catinat y á Vaudemont. Efectuó Eugenio el admirable paso del monte de la Pergola, y descendió al Adige, favorecido subrepticamente por Venecia y Víctor Amadeo, siempre vacilante en su política. Batió completamente en Chiari al presuntuoso Villerroi, que había reemplazado al prudente Catinat (1702); hasta le hizo prisionero en Cremona, donde entró por sorpresa; pero fué de nuevo rechazado por los franceses en un ataque nocturno.

Entonces llegó de Francia el duque de Vendome, hombre terco, orgulloso, indolente, pero soldado feliz: bajo su mando prosperaron las armas francesas, hasta el momento en que Víctor Amadeo, por antiguos motivos y nuevos pretextos, se separó de la Francia y verificó con el emperador el tratado de Turin (1703). Leopoldo prometía sostener en el Piamonte catorce mil infantes y seis mil caballos, confiando al duque el mando general, tanto de aquellas tropas como de las demas de Lombardia, con ochenta mil escudos mensuales. Cedíale además el Monferrato, separando del Milanesado á Alejandria, Valencia, la Lomellina y la Valsesia, con un camino para la comunicacion de aquellas dos provincias; reservábanse otras ventajas sobre las conquistas futuras, y principalmente la posesion del Vigevanasco.

Atacado por los franceses, perdió Víctor Amadeo la Saboya y la provincia de Niza, con una parte del Piamonte; ya no le quedaba más que Cuneo y Turin, lo cual le obligó á enviar su familia á Génova (1706). Vendome, que las victorias de Cassano y Calcinato habían cubierto de gloria, fué llamado á Francia para hacer frente á Marlborough y se envió en su lugar al duque de Orleans, que sitió á Turin. El valor de los piamonteses, la devocion que prestó ayuda á la bravura, y la victoria que coronó la defensa, harán para siempre memorable aquel acontecimiento, que aún celebra el Piamonte todos los años en la montaña de Superga, en la que Víctor Amadeo hizo construir, en cumplimiento de un voto, una iglesia consagrada á la Virgen.

Acogido aquel príncipe en triunfo en su libertada capital, recobró sus dominios y tomó posesion del Monferrato, como tambien de la

parte del Milanesado que se le había cedido. Reclamó además la entrega del Novarais y del Vigevanasco, que le habían sido prometidos por artículos secretos.

Desde aquel momento renunció la Francia á toda esperanza por parte de la Lombardia, cuyo emperador José I invistió con ella á su hermano el archiduque Carlos. Reunióse tambien el territorio de Mántua al imperio; y proscribió el duque como traidor, abandonó el país con una pensión de cuatrocientas mil libras que le asignó la Francia, y le proporcionó los medios de ostentar sus vicios en Pádua y Verona; con él concluyó una rama de la casa de Gonzaga. El príncipe de Castiglione y Francisco María Pico, duque de la Mirandola, cuyos dominios ocupó tambien el emperador, se retiraron ambos á Venecia. Renaldo de Módena, que había adoptado el partido del Austria, fué desposeido por los franceses, y restablecido despues por el emperador, que además le vendió la Mirandola. El papa había tenido que sufrir los insultos y asolaciones ejercidas por los alemanes en su territorio: excomulgó á los imperiales por su invasion de Parma y Plasencia; pero no pudo impedirles pasar de las puertas de su capital para ir á conquistar á Nápoles. Mientras que la Francia y la España dormían, se adelantaron á las órdenes del general Daun, defensor de Turin, y entraron en Nápoles prometiendo al pueblo sostener todos sus antiguos privilegios (1707). No pudieron llegar á Sicilia; pero para castigar al papa, el emperador ocupó á Comacchio é invadió el patrimonio de San Pedro, lo que forzó á Clemente á consentir en un arreglo que se verificó con condiciones bastante favorables.

La Cerdeña permaneció tambien fiel á Felipe V, hasta el momento en que los austriacos la ocuparon con ayuda de la escuadra inglesa. Aquella ambicion del Austria perjudicó á los proyectos de sus aliados; pues semejante diversion los redujo á la impotencia, mientras que hubieran podido aprovecharse del espanto causado en Francia por la derrota sufrida en el Piamonte, para dirigir un terrible ataque contra aquel reino, que no se encontraba preparado. Además excitaba su envidia el engrandecimiento del emperador; y el ministro inglés, que había sido reemplazado, daba una nueva

direccion á la política; túvose, pues, que pensar en la paz.

La reina Ana, que tenía una predileccion particular hácia Víctor Amadeo por su valor caballeresco (1713), impuso como una de las primeras condiciones de la paz de Utrecht el que se le cediera la Sicilia, con el título de rey que deseaba ardientemente; restituyéronle además el condado de Niza, el valle de Pragelas y otros, quitándole el de Barceloneta; de lo que resultó que la cima del monte Ginebro fué la frontera entre el Piamonte y la Francia.

El emperador conservó todo lo que poseía en Italia, es decir, el reino de Nápoles, el ducado de Milan, la Cerdeña, los puertos y plazas situadas en las costas de Toscana; y á aquella España, que por espacio de dos siglos había amenazado absorber á toda la Italia, no le quedó más que una pulgada de terreno en la península.

La Sicilia celebró la coronacion de Víctor Amadeo; pero cuando le vió volver á sus estados del Piamonte, le odió como extranjero; añádase á esto que la reservá piamontesa desagradaba cada vez más á la vivacidad meridional de la poblacion. Suscitáronse diferencias entre Víctor y el papa, diferencias provocadas por el obispo de Lipari; resultaron excomuniones, castigos, destierros que hicieron miserable al país hasta el momento en que la Sicilia pudo cambiarse por Cerdeña.

Venecia había aún despedido una vez más un vivo resplandor en la guerra de Candia, en la que los nobles se enriquecieron, mientras que el Estado se empobrecia y consumía el fondo de reserva llamado la grande arca. Con objeto de obtener las sumas necesarias, sacó á subasta los empleos de los procuradores de San Marcos, bajo el tipo de veinticinco mil ducados, y los ascendió de tres á seis, despues hasta cuarenta y uno; algunos de los candidatos los pagaron á cien mil ducados. Cierta número de personas, hasta extranjeras, fueron ennoblecidas por dinero, y de esta manera tuvieron entrada ciento sesenta y siete familias en el libro de oro, proporcionando al tesoro ocho millones de ducados. Dejó el papa que la república confiscase los bienes de los Porte-Croix y de los Jesuats (*Crofigeri y Gesuati*), condescendencia que se pagó con la admision de los jesuitas.

Prestóse dinero hasta el siete por ciento, y despues se redujo el interés. Venecia dió aún pruebas de energía en sus consejos y de valor militar en la nueva guerra contra los turcos, y se terminó con la paz de Carlowitz (1699), que mientras que subsistió la república determinó sus relaciones con la Puerta.

Quiso permanecer neutral durante la guerra de sucesion. Pero no teniendo bastantes tropas, se vió expuesta á los insultos de ambos partidos, no sólo por tierra, sino tambien por mar, lo que la hizo decaer de la reputacion que había adquirido en la guerra de Candia.

CAPÍTULO XVII

Reseña general de los acontecimientos más notables hasta el siglo XIX.

Carlos II, rey de España, murió sin sucesion nombrando en su testamento heredero de todos sus Estados á Felipe de Borbon (1700), duque de Anjou, hijo segundo del Delfin y nieto de Luis XIV. La casa de Austria, por el sentimiento de perder la corona de España, por la antigua rivalidad con la Francia y por envidia personal á Luis XIV, protestó contra la proclamacion de Felipe V, á pretexto de impedir el engrandecimiento de Luis XIV y de conservar el equilibrio europeo. El Austria, la Inglaterra, la Holanda, el elector de Brandemburgo, el duque de Saboya y el rey de Portugal, ajustaron un tratado en el Haya, conocido con el nombre de Grande Alianza, contra la Francia y la España.

La primera campaña (1702) formal comenzó por la Lombardia y demas Estados españoles en Italia, extendiéndose despues á los Países-Bajos, á la Alemania, y principalmente á las costas de España. Ninguno mereció exclusivamente en esta campaña los honores de la victoria; porque si bien la escuadra combinada holandesa é inglesa tomó el puerto de Santa María y batió con grandes pérdidas en las aguas de Vigo á la española y francesa, tambien es cierto que Felipe V ganó en Italia á los imperiales las batallas de Santa Victoria y de Luzara.

En la que siguió (1704), comenzó á declararse la fortuna contra los Borbones. En la Península desembarcó el archiduque Carlos en Lisboa con 9.000 ingleses; el almirante inglés Book se apoderó de la importante plaza de Gibraltar;

y en Alemania, reunidos en el Danubio los ejércitos del príncipe Eugenio y de Malborough, dieron en Hochstedt una terrible rota al ejército francés, obligándole á evacuar la Alemania. La siguiente campaña (1705) fué desastrosa en España, porque Cataluña, Valencia y Aragón se sublevaron á favor del archiduque, quedando solamente Castilla por Felipe V.

La de 1706 fué la más desgraciada de la guerra para las dos coronas, señaladamente para la española, que perdió por un lado á Alicante, las islas Baleares y el Milanesado, y por otro los Países-Bajos, á consecuencia de la derrota del ejército francés en Ramilliers. En la campaña de 1707 se perdió á Nápoles; mas esta pérdida quedó compensada con la célebre batalla de Almansa, ganada por el duque de Berwick contra los imperiales. La guerra volvió á ser favorable á los aliados, que se apoderaron de Orange, Cerdeña y Menorca (1708).

Esta campaña es notable por un hecho de armas solamente: por la batalla de Malpaquet, la más reñida y la más sangrienta de esta guerra, ganada por Eugenio y Malborough contra Villars, el mejor general francés entonces. Este golpe fatal obligó al monarca francés á pedir la paz; que desecharon los aliados si no se ofrecía él mismo á arrojar de España á su nieto Felipe V, y en el término de dos meses. Estas condiciones tan vergonzosas y tan inhumanas llenaron de indignación á la Francia, que ofreció de nuevo sus intereses y su vida para sostener la dignidad nacional; y desde este momento, por un concurso feliz de circunstancias, cambiaron de repente las cosas á favor de Luis XIV y de su nieto.

Atribuyendo Felipe su poca fortuna en la guerra á la incapacidad de sus generales, pidió por todo auxilio á su abuelo que le enviase al duque de Vandoma. Su presencia llenó al rey y á la nación de esperanzas. D. Felipe, unido ya con el duque de Vandoma, se fué en busca del enemigo, á quien encontró en las llanuras de Villaviciosa, no lejos de la corte, empeñándose la acción más notable de esta campaña, y una de las más vivas de la guerra, y viéndose precisado el general alemán Staremberg á ceder el campo de batalla y á tomar el camino de Aragón. La batalla de Denain, ganada por Villars sobre el príncipe Eugenio, salvó la Fran-

cia é inspiró al Austria intenciones más pacíficas.

Desesperando los aliados de establecerse en España y de arrancar á D. Felipe una corona que defendía con tanto valor, empezaron á disgustarse de la guerra. La muerte del emperador José I, acaecida entonces, acabó de desconcertar la liga: porque llamado al trono su hermano el archiduque, el pretendiente á la corona de España, si el deseo de mantener el equilibrio de Europa habria servido de motivo para tomar las armas contra los Borbones, era consiguiente que tampoco mirasen con indiferencia la reunion en una misma cabeza de todas las coronas que en otro tiempo habian hecho tan formidable al Austria.

En su consecuencia comenzaron las conferencias para la paz, que se hizo en Utrecht (1713) entre la Inglaterra, España, Francia, Holanda, Portugal, Prusia y la Saboya. En virtud de ese tratado, D. Felipe es reconocido soberano de España é Indias, supuesta la renuncia á la corona de Francia en todo evento; la Inglaterra conserva á Gibraltar y la isla de Menorca; el duque de Saboya es declarado rey por la adjudicación de la Sicilia; el rey de Prusia es confirmado en el título de rey y declarado soberano legítimo de Neufchatel. El año siguiente se firmó el tratado de Rastadt entre la Francia y el emperador de Alemania, quedando á favor de éste los Países-Bajos españoles, el Milanesado, el reino de Nápoles y la Cerdeña.

A los dos años del tratado de Utrecht murió este monarca, dejando su nombre al siglo en que vivió. Sin gran fondo de instruccion, poseyó más que ningun otro monarca el tino del gobierno; elevó la autoridad real al más alto grado que tuviera nunca en Francia; creó ó perfeccionó todo lo que es grande en el orden intelectual y material de la civilizacion; quitó la supremacía política á la casa de Austria; acabó para siempre con el espíritu sedicioso de la nobleza; reunió á su corona el Franco-Condado y una parte considerable de la Flandes; y, últimamente, aseguró á Francia en la alianza perpétua de España, el medio de conservar el lugar que la pertenecía en Europa.

Fernando III sobrevivió algun tiempo al tratado de Westfalia, que dió fin á la desastrosa guerra de treinta años. Su hijo Leopoldo se

atrajo sobre sí otras dos guerras; la guerra general de Europa, movida por la Francia durante el reinado de Luis XIV, y terminada por la paz de Riswick, y la guerra de sucesion de España á la muerte de su rey Carlos II, último de la dinastía austriaca. Además de estas guerras hubo de sostener otras, principalmente contra los turcos, siendo notables como hechos de armas, la batalla de Viena (1683), á vista de la misma poblacion, batalla la más célebre de aquel siglo, ya por la grandeza del triunfo conseguido por los austriacos, como por la importancia de los resultados, y la toma de Buda (1686) y de Belgrado. Leopoldo, para asegurar la conquista de la Hungría, reunió los Estados de este reino, y los obligó á admitir cinco proposiciones cuyo objeto era que renunciasen el derecho de elegir á sus monarcas.

Después de Leopoldo subió al trono su hijo José I (1705); heredó de su padre con el imperio la guerra de sucesion de España, favoreciendo á su hermano el archiduque Carlos, que habia sido proclamado por los aliados rey de España, en contra de Felipe V, nieto de Luis XIV. Murió sin dar fin á esta guerra, siendo su muerte una de las causas que contribuyeron á terminarla con el tratado de Utrecht.

A pesar de haberse separado de la liga la Inglaterra, porque el ser ahora Carlos emperador de Alemania destruía completamente los motivos que habia tenido para ayudarle á la guerra de sucesion, la continuó, sin embargo, hasta que la desgraciada batalla de Denain (1712) le convenció de que no podia luchar él solo contra la Francia. Admitió el tratado de Utrecht como un armisticio, y no se arregló con la Francia sino al año siguiente en el tratado de Rastadt, y no reconoció á Felipe V por rey de España hasta el tratado de Viena (1725), hecho por Riperdá; y aun así, para cumplir este tratado, fué necesario que le obligasen la Inglaterra y la Holanda, sus aliados, por el tratado de Sevilla (1729).

Carlos VI, no teniendo sucesion de varon, publicó una *pragmática-sancion* (1720) en que se establecía la sucesion directa al imperio para varones y hembras, extendiendo este derecho á todos los otros estados hereditarios de la casa de Austria, cualesquiera que fuesen las reglas antiguas de sucesion en cada uno de ellos. Y

como este sistema podia hallar oposicion, todas las miras de su política se encaminaron á hacer reconocer á las potencias de Europa por heredera de sus Estados á su hija mayor María Teresa, casada con Francisco, duque de Lorena. Últimamente, Carlos VI, en la guerra de sucesion de Polonia, sostuvo las pretensiones del elector de Sajonia, acarreadose una guerra por esta causa con la Francia, en la cual perdió el Milanesado.

María Teresa, con arreglo á la pragmática, fué reconocida por soberana de los Estados hereditarios de su padre. Los electores de Baviera y de Sajonia, el rey de España y el de Prusia, protestaron contra la toma de posesion, alegando derechos á varios Estados. Este fué el origen de una guerra general y empeñadísima, que duró ocho años (1740-1748), y en la que tomaron parte: á favor de María Teresa, Inglaterra, Holanda, Saboya y Rusia; y contra ella, Francia, España, Baviera, Nápoles y Prusia.

Federico de Prusia rompió la guerra invadiendo la Silesia y ganando la batalla de Mollwitz (1741). Las primeras campañas fueron contrarias á María Teresa, que vió proclamar emperador al elector de Baviera con el nombre de Carlos VII en los ejércitos franceses. Obligada á abandonar á Viena, se fué á Hungría, reunió los Estados en Presburgo, supo interesar á los valientes húngaros y magyares; á ellos debió el triunfo, y á ellos debe quizá hoy el imperio la casa reinante. Con la muerte del elector de Baviera, Carlos VII (1745), concluye el primer período de esta guerra.

María Teresa tuvo más fortuna en este segundo período, porque el hijo del nuevo elector de Baviera renunció los derechos que pudiera tener á la corona imperial, é hizo la paz con la emperatriz; y en ese mismo período se libró de su más terrible enemigo, el rey de Prusia, por el tratado de Dresde, mediante á que el Austria cedió la Silesia y el condado de Glatz. El tratado de Aquisgran (1748) puso fin á esta guerra, reconociendo á María Teresa sucesora en el imperio de su padre, y cediendo al infante de España, D. Felipe, los Estados de Parma, Plasencia y Guastala; las demas potencias beligerantes se restituyeron mutuamente las plazas y territorios conquistados.

La paz de Aquisgran aseguró á María Te-

resa el imperio, mas no destruyó los gérmenes de la guerra. La posesion de la Silesia fué el origen de la guerra de siete años entre la Prusia y el Austria. Las demas naciones aliadas de la Prusia y el Austria tuvieron sus motivos particulares, sobre todo la Inglaterra, cuya idea era destruir el comercio de la Francia. En esta guerra se vió por primera vez á la Francia unirse estrechamente al Austria por el tratado de Versalles (1756), despues de una enemistad de tres siglos. Pelearon, además, á favor del Austria, Rusia, Sajonia y Suecia.

Empezó la guerra en 1756. La Prusia debia sucumbir en ella, porque era un Estado apenas constituido, y peleaba contra cinco potencias, y porque el auxilio de sola la Inglaterra ofrecia pocos recursos para una guerra continental. En efecto, la batalla de Kunersdorf (1759), que puso en poder de sus enemigos toda la Prusia hasta Berlin, debia, al parecer, terminarla, cuando inesperadamente salvó á Federico la desunion de sus contrarios, y de sus resultas la Prusia fué evacuada.

La guerra continuó, sin embargo, hasta que la muerte de Isabel, emperatriz de Rusia, debilitó el partido del Austria. El nuevo emperador de Rusia, Pedro III, retiró sus tropas y celebró con Federico el tratado de San Petersburgo (1762), al que se avino la Suecia. Tuvo fin esta guerra al año siguiente, por el tratado de Hubertsburgo, entre el imperio y la Prusia, y por el de París entre Inglaterra y Francia. En esta guerra sólo ganaron Inglaterra y Prusia; la primera se hizo señora del comercio y de la navegacion del mundo; la segunda conservó sus Estados contra el poder de casi todo el continente, adquiriendo una preponderancia muy considerable entre las naciones.

A la muerte de Francisco I de Lorena, que gobernó como regente en union con su mujer María Teresa, su hijo, José II, tomó el título de emperador; pero su madre siguió gobernando todavía hasta su muerte (1780). Desde que la Prusia se enriqueció con la Silesia, haciéndose una nacion respetable al Austria, la paz prometia más duracion en Alemania, puesto que se habian equilibrado los dos partidos católico y protestante, representando al primero el Austria y al segundo la Prusia. Así es que desde la guerra de siete años hasta la Revolucion fran-

cesa, no se turbó la paz en Alemania sino por la sucesion de Baviera.

Dotado de regular capacidad, de corazón generoso y carácter activo y reformador, emprendió José la organizacion interior de sus diferentes Estados. Como presentaban éstos un compuesto de diferentes partes, se propuso reducir las á la unidad, sujetándolas á un sistema uniforme de gobierno, basado en las teorías filosóficas del siglo XVIII. En lo político, dividió el imperio en trece gobiernos, á los cuales se agregaron todos los antiguos derechos señoriales; proclamó la libertad de conciencia; reglamentó la industria y el comercio, y publicó los códigos civil y criminal, aboliendo la pena de muerte.

En lo religioso, suprimió las apelaciones y recursos á Roma; reformó las órdenes religiosas; mandó suspender la colacion de las órdenes sagradas, é hizo muchos reglamentos acerca de las fiestas y procesiones.

Cuando en los siglos XII y XIII se generalizó en toda Europa la aficion á las Cruzadas, se fundaron varias órdenes religiosas de caballería para defender la fé cristiana contra los infieles, y extenderla. Una de las más célebres fué la que se estableció en Alemania con la denominacion del Orden Teutónico. Al abandonar los cristianos la Tierra Santa, estos caballeros se volvieron á su patria, y emplearon su celo religioso en conquistar y convertir á los habitantes de Prusia, que eran idólatras. De modo que en el siglo XII, el gran maestre de la Orden la gobernó con el título de duque.

A últimos del siglo XIV aparece en la historia la casa de Hohenzollern, de donde procede la casa real de Prusia, con la eleccion de Federico I (1386), burgrave de Nuremberg y elector de Brandemburgo. Federico II (1464) le sucedió. La Prusia era electorado eclesiástico por ser el elector gran maestre del Orden Teutónico. A principios del siglo XVI era gran maestre Alberto, de la casa de Brandemburgo; y habiendo abrazado la reforma, y aprovechándose del desorden de aquellos tiempos en el imperio, concluyó un tratado con el emperador Sigismundo, rey al mismo tiempo de Polonia, en virtud del cual se erigió en ducado secular y hereditario el territorio de Prusia, que pertenecía al Orden Teutónico, obligándose Alberto

á prestar homenaje á los reyes de Polonia, como su duque feudatario. Los caballeros protestaron y se quejaron de la apostasia y traicion del maestre; pero la usurpacion se llevó adelante. Juan Sigismundo (1608) reunió al electorado el ducado de Prusia. Federico Guillermo (1657) se emancipó de la soberanía del rey de Polonia.

Cuando Federico I sucedió á su padre Federico Guillermo el Grande como elector de Brandemburgo y duque de Prusia, tomó parte en la guerra general contra Luis XIV, enviando socorros á los aliados.

En 1700 tomó el partido del emperador en la guerra de España, por cuyo servicio el emperador Leopoldo le reconoció por rey de Prusia, y se hizo la proclamacion en Koenisberg tomando el nombre de Federico I (1701), siendo despues reconocido legalmente por las demas naciones en el tratado de Utrecht, en cuyo año murió. Acrecieron sus Estados con los derechos de la casa de Sajonia sobre Quedlimburgo y Mansfeld, con el condado de Teklemburgo. Como heredero de la casa de Orange, tuvo el principado de Neufchatel despues de la muerte de la duquesa de Nemours, y el alto Güeldres por el tratado de Utrecht.

Subió al trono bajo los felices auspicios de la paz. Federico Guillermo fué de un carácter opuesto al de su padre. Engreido Federico I con la nueva dignidad de rey, hizo gastos inmensos para manifiestar á los ojos del pueblo el prestigio y la grandeza de la autoridad real; mas su hijo Federico Guillermo creyó que el rey de una nacion pobre debia vivir con economía y sencillez. Federico Guillermo, llamado el Rey Sargento, empleó todo el tiempo de su reinado en reponer el tesoro y en acostumar á las fatigas y á las privaciones á su ejército, compuesto de hombres de una talla agigantada, á los cuales enseñaba el ejercicio él mismo, no sin hacer uso del palo, dejando de este modo á sus sucesores militares aguerridos y temibles.

El engrandecimiento de su país fué el único y constante objeto de la política de Federico II. Príncipe dotado de talento, con una increíble actividad de espíritu y de cuerpo, y con una fuerza de voluntad eminentemente enérgica, lo consiguió todo con utilidad y con gloria.

Las guerras que le dieron á conocer en su época como el mejor general de Europa fueron: la de sucesion al trono de Alemania á la muerte de Carlos VI, llamada de los siete años. En esta última las batallas de Lowositz, de Rosbach y Kunersdorf, batallas ganadas cuando luchaba contra cinco potencias, y reducido Federico á sus propios esfuerzos, excitaron la admiracion de la Europa. La posesion de la Silesia y del condado de Glatz, y el haber elevado la Prusia á una de las potencias de primer orden, fueron el fruto merecido de sus brillantes conquistas.

El engrandecimiento que dió Federico á la Prusia, como monarquía, produjo otro hecho que modificó de una manera notable la posicion en Alemania de los dos partidos católico y protestante, toda vez que este último tenía en la Confederacion un miembro de su religion que podia luchar y hacer frente por sí solo al jefe de esa misma Confederacion, al emperador.

Si en la guerra ganó el concepto de ser el mejor general de Europa, en el gobierno interior de sus Estados se acreditó tambien de ser el administrador más hábil y económico de su siglo. Las guerras habian depoblado las campiñas, destruido las ciudades, arruinado el pueblo y el ejército, y en diez y siete batallas habia perdido la flor de sus oficiales y de sus soldados. El talento y la actividad de Federico remediaron todos estos males. Agricultura, industria y comercio, todo se acrecentó bajo su proteccion.

Con Pedro el Grande aparece en el mapa político de la Europa una potencia de primer orden; pues la Rusia, que habia vivido concentrada en sí misma, casi ignorada de la Europa central, se eleva bajo Pedro el Grande de una manera tan ostensible y con tanto poder, que su influencia se va á dejar sentir muy notablemente en los destinos de Europa. La Rusia, compuesta de normandos y slavos, comenzó á ser gobernada por grandes duques, siendo el primero Rurik (866). La religion cristiana penetró en ese país con la conversion del gran duque Uladamiro I (989). Juan IV fué el primero que comenzó á usar el título de czar (1545).

Desde que empuñó el cetro Pedro el Grande se propuso salvar todas las barreras que separaban á la Rusia de la Europa, y formó la resolucion de reformar su pueblo y de hacerle en-

trar en el verdadero camino de la civilización. En fuerza de este propósito se dedicó sin levantar mano á formar un ejército regular, á crear una marina respetable, y á ilustrar, por cuantos medios pudiese, á sus súbditos. Para estimularlos más se puso á estudiar él mismo, bajo la dirección de M. Le Fort, un ginebrino emigrado, las lenguas alemana y holandesa: atrajo á Moscow á mucha costa hombres instruidos en todas las artes y oficios; señaladamente en los que contribuyen á aumentar el poder militar de una monarquía, aprendiendo con estos maestros la táctica terrestre y naval: en fin, organizó un buen ejército, nombrando general á Le Fort, y pasando bajo sus órdenes por todos los grados militares, desde el de tambor, para enseñar de este modo la obediencia á sus soldados.

No contento con enviar á varios jóvenes de la primera nobleza á instruirse en los países extranjeros, realizó él mismo el plan más atrevido que jamás concibió quizá ningún soberano. Tal fué el de ausentarse de su país confiando el gobierno á personas de su confianza, y partir como agregado de una embajada á aprender por sí mismo hasta los oficios mecánicos que quería introducir en su reino: Viajó por Alemania, Inglaterra y Holanda; y en este último país, retirado en la aldea de Sardam, ingresó en el gremio de los carpinteros de ribera y se perfeccionó en el arte de constructor, estudiando al mismo tiempo la física y las matemáticas. En Inglaterra observó las manufacturas de todas clases; en Alemania estudió la disciplina militar. Y cuando se preparaba á pasar de Viena á Venecia, una sublevación militar le obligó á volver á Moscow.

Ya como en castigo de la sublevación, ya por efecto de un plan meditado, suprimió el cuerpo de los strelitzes; se declaró jefe de la religión, como hizo en otra época Enrique VIII de Inglaterra; reformó á su modo la disciplina eclesiástica; reformó el calendario antiguo, y en muy poco tiempo la nación fué perdiendo su fisonomía asiática para tomar un carácter marcadamente europeo.

Preparado así Pedro el Grande, y habiéndose unido antes con Augusto I, rey de Polonia, y Federico IV, de Dinamarca, enemigos capitales de Carlos XII, le provocó á una guerra. Como

Pedro el Grande, en sus viajes á Holanda y á Inglaterra, conoció cuán interesante era para un Estado tener gran extensión de costas; y como la Rusia no alcanzaba el mar sino por el puerto de Azof al Mediodía, y por el de Arcángel al Norte, la causa de la guerra fué el deseo de quitar á la Suecia todas las costas occidentales del Báltico.

Las campañas más notables fueron: la primera, en que Carlos XII, después de haber vencido al rey de Dinamarca y obligándole á hacer la paz, voló á Narva (1700), plaza sitiada por el moscovita, y en batalla campal le derrotó su numeroso ejército y libertó la plaza; y aquella otra en que se dió la famosa batalla de Pultawa (1709), ganada por Pedro el Grande, y que decidió para siempre de la superioridad de los rusos sobre los suecos; siendo como consecuencias de esta batalla la restauración en Polonia de Augusto I, la alianza de Dinamarca, Prusia y del rey de Inglaterra, como elector de Hannover contra Carlos XII, quien, después de la derrota, buscó un asilo en Turquía.

Refugiado Carlos XII en Turquía, interesó en su favor al sultán Achmet III, quien se decidió á auxiliar al rey de Suecia, enviando al efecto al gran visir con 150.000 hombres á la Moldavia. Pedro el Grande, internado ya en este país, quiso retirarse; mas halló cerrados todos los pasos del Pruth, expuesto á perder todo el fruto de sus victorias anteriores, y á que se desvaneciesen todos sus planes de reforma, todo el esplendor actual y futuro de su imperio, y sin más recurso ya que el de rendirse.

Su mujer Catalina, joven esclava, á la cual había elevado al rango de zarina, le salvó de este peligro, ganando al gran visir por medio de ricos presentes, comprando un tratado de paz, por el cual quedó en libertad Pedro para volver á Rusia, cediendo á los otomanos la plaza de Azof y á Tangarok, puertos de la laguna Meótide. Después de esta campaña continuó la guerra con poca actividad, y el hecho más importante fué el sitio de Stralsund (1715) por la Prusia, Dinamarca y Sajonia. A los tres años murió Carlos XII y se hizo la paz, que adjudicó á Rusia la Livonia, la Estonia y la Carelia, desmembrando y reduciendo á la nulidad política la respetada monarquía de Gustavo Adolfo.

Cuando murió Pedro el Grande dejó termi-

nada la organización de su imperio, habiendo dotado á la Rusia de un código completo de leyes. Fundó á San Petersburgo, su nueva capital, y desde su reinado comenzó la Rusia á influir de una manera notable en todos los negocios diplomáticos de Europa.

Fiel Catalina, mujer de Pedro el Grande, á los principios que éste había seguido en el gobierno, y dirigida por su favorito Menzikoff, hizo sentir el influjo de la Rusia en la política extranjera, pues en el exterior el tratado de Viena (1725) unió el gabinete de San Petersburgo con los de Viena y Berlin, y después con el de Madrid; y en el interior continuaron las reformas empezadas en el reinado anterior. Fundó la Academia de Ciencias de San Petersburgo. Pedro II (1727), nieto de Pedro el Grande y de Catalina, subió al trono en menor edad, muriendo á los quince años.

En el reinado de Ana, la diplomacia y las armas rusas conservaron la preponderancia que Pedro I les había dado; borró la deshonra de la paz del Pruth.

Los hechos más notables del reinado de Isabel (1741) son los siguientes: fundar la universidad de Moscow y la Academia de Bellas Artes de Petersburgo; declarar que no condenaría á nadie á la pena de muerte, y haber acelerado en Rusia los progresos de la civilización moral y científica; esto en cuanto al interior. En el exterior sostuvo la influencia rusa en la Europa; vivió en paz con Suecia, Polonia y Turquía, y tomó parte en las guerras de sucesión y de siete años á favor de María Teresa.

Después de la paz de Lubek, en que Cristian IV, rey de Dinamarca, cedió á las fuerzas superiores del emperador Fernando II, en el segundo período de la guerra de treinta años entre católicos y protestantes, y después del tercero de esa misma guerra, llamado el período sueco, ocurrieron sucesos en el interior de ambos países dignos de cuenta.

En Dinamarca, Cristian IV había anulado todas las libertades públicas, que más que á ninguna clase favorecían á la aristocracia. La nobleza no accedió á su muerte á nombrar á su hijo Federico III (1648), sino restringiéndole el poder, tanto cuanto su padre se le había abrogado. Mas unido Federico con el clero y la clase media, hizo que en la asamblea de los Esta-

dos (1660), le confiriesen el poder absoluto mediante la supresión de la monarquía electiva, haciéndola hereditaria, anulando además una capitulación que juraban los reyes al subir al trono, y que daba el poder á un consejo real aristocrático. Por un voto de confianza confirió la Dieta al rey los poderes para hacer una nueva constitución. Comenzada por el secretario de Estado Gabel, y completada por Schumachez, dió al monarca el poder real absoluto, y convirtió el consejo real en un cuerpo consultivo. Cristian V (1670) siguió desenvolviendo la nueva constitución, estableciendo todas las leyes orgánicas necesarias para su desenvolvimiento.

Federico IV (1699) se coligó con el rey de Polonia, y Pedro el Grande de Rusia contra Carlos XII de Suecia. Enemigos irreconciliables siempre estos dos países escandinavos, Dinamarca y Suecia, aprovechaban todas las ocasiones para hostilizarse. Así es que días después de la célebre batalla de Pultawa, todavía siguieron haciéndose la guerra por su cuenta. Federico IV, no obstante estas guerras, dejó á su muerte próspero el país y lleno el tesoro. Cristian VI (1730) sucedió al anterior, su padre, adquiriendo por compra los ducados de Holstein y de Schelewich. Bajo su hijo Federico V (1746) floreció la edad de oro en Dinamarca. Edificios suntuosos, institutos de artes y oficios, academias, jardín botánico, viajes científicos al Oriente y emancipación de los colonos, todo esto engrandeció en este reinado la Dinamarca, no cabiendo de ello poca gloria al célebre ministro conde de Benstorf, el Colbert escandinavo.

Todo lo que tuvo de pacífico y próspero el reinado anterior, tuvo el que le siguió de Cristian VII (1766) de turbulento y desgraciado. Débil de salud y escaso de entendimiento, Cristian VII se dejó dominar enteramente de su mujer Carolina Matilde, hermana de Jorge III de Inglaterra, y de su médico Struense, hasta que el príncipe real Federico entró á gobernar en nombre de su padre con el ministro conde de Benstorf, sobrino del anterior, dedicándose también como su tío al fomento de la agricultura, de la industria, del comercio y de las ciencias.

En Suecia, tras los brillantes reinados en hechos de armas de Gustavo Adolfo y de su hija Cristina, muerta sin sucesión, vino el de Carlos Gustavo (1654), primo de Cristina. Carlos Gus-